

Al mismo tiempo que Israel planteaba para el porvenir las bases de su supremacía religiosa, su situación dentro del mundo se iba empequeñeciendo cada vez más. El espíritu profético y las instituciones que de él surgían hacían imposible el desarrollo comercial e industrial. La casa de Omri representó el último intento de dar a la existencia mundana del reino del Norte algún brillo y alguna solidez. La bravura militar, tan resplandeciente en Omri, Achab, Joram y Ochozías, va perdiendo importancia. Los santos y los héroes representan fases opuestas del desarrollo humano, y generalmente son incompatibles.

Subido al trono mediante una derrota de su nación por los sirios de Damasco, Jehú no supo reparar este fracaso nacional en todo su reinado de veintiocho años. Hazael guardó en la frontera oriental una señalada superioridad. Toda la región de allende el Jordán la perdió momentáneamente Jehú. Las tribus de Gad y Rubén, la semitribu oriental de Manasés, los países de Galaad y Basán pasaron al dominio de Damasco, que se convirtió en lo que fueron antes los filisteos, en el azote de Israel, en su enemigo principal.

Suponemos que los hebraístas titubearon mucho tiempo en admitir en sus relatos una acción importante de Asiria en el país israelita en tiempos de Jehú. Alguna huella quedó de hecho tan capital en los anales de Judá e Israel, y sobre todo en los escritos de los profetas, reflejo exacto de la conciencia del pueblo. Apenas toca Asiria a Palestina, la brújula de Israel se turba: en todo se nota el contacto de este poderoso elemento perturbador. Es difícil creer que la influencia que se nota desde mediados del siglo VIII haya existido un siglo antes sin dejar rastro.

Joachaz, sucesor de Jehú, parece que fue poco fanático. Se dice que en su reinado se vio de nuevo un Astarterón o templo idólatra en Samaria. La verdadera historia de Israel en aquella época nos es muy poco conocida.

Jerusalén no tenía verdadera crisis religiosa. El jehovahismo continuaba, oficial y apacible. El templo era, realmente, un elemento conservador. Joás de Judá conservó mucho tiempo la tradición del jehovahismo moderado de Asa y Josafat, que no había interrumpido Atalía. Joás sólo adoró a Jehová, pero no tuvo idea de la unidad en el culto. El templo representaba el culto del Estado y no suprimía los otros lugares de adoración.

A Joás se le acusó más adelante de grandes crímenes por los rencores sacerdotales. Este rey fue, en realidad, un soberano anticlerical. Las cosas ocurrieron del siguiente modo.

Joás cuidó especialmente de los edificios del templo. Ciento cuarenta años habían pasado desde que éste se terminó, y se necesitaban repara-

ciones, sobre todo en la parte de carpintería. Joás pensó acertadamente que las grandes cantidades de dinero que llegaban al templo debían servir para conservarlo. El dinero procedía de dos orígenes: del rescate de los primogénitos que se consideraban pertenecientes a Jehová y que, según ritos primitivos, debían habersele sacrificado, y en segundo lugar, de las cantidades ofrecidas por promesas espontáneas a Jehová. Cuando se necesitaba acudir a un sacerdote del templo para cumplir deberes religiosos, se trataba con él, que cogía el dinero sin dar cuentas a nadie. Joás se contentó al principio con mandar que las reparaciones necesarias se hicieran con cargo a estas rentas. Pasaron años, y dicha orden no se cumplió. Joás reconvino al gran sacerdote Joiada y a sus colegas, y dispuso que en adelante no cogieran dinero en su mano los sacerdotes.

Para que se cumpliera el nuevo sistema, mandó Joiada hacer un arca con una hendidura en la tapa y situarla al lado del altar de los sacrificios, a la derecha de la entrada del templo. Los sacerdotes echaban en esta especie de cepillo todo el dinero que recibían. Cuando pesaba mucho el arca, el *sofer* del rey y el gran sacerdote levantaban la tapa, contaban el dinero y lo echaban en bolsas de peso determinado. Pesado el dinero, se entregaba a los directores de las obras del templo, que lo invertían en trabajos de construcción y compra de madera y piedra, sin que tuvieran que justificar la inversión de los fondos. La causa del abuso no se suprimió, pero los sacerdotes ya no se aprovechaban de él. No les quedó más que el dinero de las multas y de las satisfacciones por los pecados, que se creyó suficiente para sus necesidades.

Era deplorable el estado exterior de los dos reinos. Se repetían casi periódicamente los ataques de los arameos de Damasco. En 830, una expedición victoriosa de Hazael puso bajo su total dependencia el reino de Israel. Joachaz vio aniquilado su ejército, reducida su caballería a cincuenta hombres. Hazael, vencedor de Israel, entró en Judá y amenazó a Jerusalén. Joás no tenía medios para resistir. Dio como rescate a Hazael las riquezas del templo, los objetos varios que sus padres le habían consagrado y el oro de su palacio. Hazael consintió entonces en no atacar a Jerusalén.

El reino de Israel se sobrepuso algo en tiempo de Joás, sucesor de Joachaz. Benhadad III había sucedido a Hazael. Joás de Israel, que era valiente, anhelaba el desquite. Fue a consultar al anciano Eliseo, que le contestó favorablemente. Joás derrotó tres veces a Benhadad, y recuperó todas las poblaciones tomadas antes por Hazael.

Aunque se realizaron estas alternativas, ambos reinos iban decayendo de un modo evidente. Se iba debilitando el principio de amor que había sido la fuerza de la dinastía davídica. Las escenas anárquicas que no habían ocurrido más que en el reino de Israel, se vieron también en el de Judá. Joás de Judá pereció como en Israel habían perecido Nadab, Ela, Zimri y Joram. Dos de sus servidores, Jozakar y Jozabad, le mataron en la ciudadela. Fue ésta una conspiración de chambelanes, y Amasías, hijo del muerto y de una mujer de Jerusalén, llamada Ioaddin,

le sucedió fácilmente y castigó a los culpables. La firmeza de Joás de Judá con los sacerdotes perjudicó su memoria. Cuando las preocupaciones sacerdotales dictaron la historia judía, se le acusó de los crímenes más enormes, de la ingratitud más monstruosa hacia los sacerdotes que se suponía le habían salvado y establecido en el trono de David.

Por su parte, Amasías de Judá siguió el ejemplo de su padre Joás y practicó el jehovahismo sin destruir los santuarios que veneraba el pueblo. Guerreó con suerte contra los adamitas, los derrotó en las marismas al Sur del Mar Muerto y tomó a Sela, a la cual dio el nombre monoteísta de Jokteel.

Los buenos resultados debieron impulsar a Amasías hacia una clase de empresas que en cierto modo se inclinaban a la política de Judá, es decir, hacia las expediciones al Mar Rojo y la India tan bien comprendidas por Salomón y Josafat. Desgraciadamente no pensó Amasías más que en las pequeñas rivalidades que dividían a las dos partes de Israel. Desde Petra, envió a Joás de Israel un cartel de desafío; Joás respondió con evasivas. Amasías no cejó. Joás emprendió la campaña y los dos reyes se encontraron en Beb-Semés. Los judaítas fueron derrotados, o mejor dicho, se desbandaron y volvieron al país. Amasías cayó en manos de Joás, que demostró una moderación relativa. El rey de Israel quiso entrar en Jerusalén por la brecha, destruyendo 400 codos de muralla, al Norte, desde la puerta de Efraím a la del Ángulo. Se apoderó del oro, de la plata, de los vasos del templo, exigió rehenes y se volvió a Samaria.

Tal conducta, tan poco acorde con la ferocidad de las costumbres militares de aquella época, demuestra que el sentimiento de fraternidad entre los dos pueblos todavía duraba. La conducta del ejército judaíta en Beb-Semés lo prueba mejor aún. No quiso batirse contra sus hermanos por satisfacer el necio amor propio de un monarca. Es también de notar que Joás de Israel trató al templo como un edificio sin carácter religioso, pues se llevó todos los tesoros metálicos y no hizo ningún sacrificio a Jehová. La separación en el culto había llegado a ser completa, aunque en los escritos hubiera cierta comunidad entre las dos fracciones del pueblo.